Cariz

María José LG

Image not found.

Capítulo 1

Cariz

Se encontraba revolviendo su *submarino* con una cuchara de metal, observando detenidamente como los trozos de chocolate giraban para el lado que quería. Estaba entretenida con la acción que ella misma ejercía, mientras tanto su novio le sostenía la mirada para que se diera cuenta de su presencia. La muchacha, advirtió lo que su pareja estaba haciendo, entonces le dio un beso dulce y le dijo –Discúlpame, es que divertido ver como algo se mueve a mi antojo- . El joven se rio, y le contesto – ¿Hablas del chocolate o de mí?- Ella rio de nuevo, pero esta vez de una manera inocente, diciendo –De ambos-.

Pasaron unos minutos, él pago la cuenta al mozo vestido de negro y luego ambos fueron hacia la plaza que quedaba en diagonal al bar, hicieron unos pocos pasos y se sentaron en uno de los bancos añejos, ya desteñidos y percudidos por la humedad y el pasar de los años.

Los dos jóvenes enamorados se empezaron a besar vehementemente, hasta que la muchacha despego la boca de su novio bruscamente y lo miro de una manera mohína, preguntándole -¿Realmente te puedo controlar a mi gusto?- El muchacho la abrazo fuertemente y le dijo –Siempre, mi amor- Ella se salió de sus brazos, como alguien que está siendo asfixiado y busca zafarse, entonces pronunció firmemente –Bueno, hasta acá llegamos. No quiero tener control sobre nadie, no puedo cargar con esa responsabilidad; Mereces sentirte libre- luego de decir esto, le dio un beso en la mejilla izquierda, helada por el viento frío de la ciudad y se fue caminando apaciblemente, como alguien que no hubiera destrozado un corazón hace apenas dos segundos. Él se quedó atónito, tratando de analizar el comportamiento inescrutable de la joven, pero sin las suficientes fuerzas como para seguirla y preguntarle, o con la suficiente dignidad como para no hacerlo, entonces, se quedó sentado en el banco, recordando todos los momentos que había vivido con ella, su idiosincrasia y su maravilla, que ni ella misma era capaz de comprender y que por eso había ejercido poder sobre él, sin darse cuenta. También pasaron por su mente, como sombras, las veces que habían ido a tomar helados de limón, o aquellas otras en las que él la peinaba cuando el viento frío del otoño le alborotaba el pelo, y se ensañaba en recordar todas esas noches libidinosas, asimismo recapitulaba las mañanas que la acompaño a correr al parque ya que ella quería mejorar su figura, que sin embargo, era espléndida. Así paso rememorando durante una hora todas las cosas vividas con su amada, resumiendo fechas y aludiendo sus diecisiete lunares; tres en la cara, cinco en el pecho, dos en la espalda, cuatro en la pierna derecha y tres en la izquierda. Quiso seguir acordándose de cada detalle de su ser, su sonrisa blanca, labios carnosos pintados de cualquier color, su pelo negro y la piel suave como si fuera una diosa que se habría bañado en leche. Pero justo en el momento en el que iba a empezar a vivir del pasado y hundirse en un mar de soledad, llego una señora pálida

de unos sesenta años y empezó a hablarle como si lo conociera de toda la vida, de sus nietos, su marido difunto y a quejarse de que no pasaba ningún colectivo desde hace media hora, mientras una tristeza contenida aparentemente hace años, se le salía por los ojos, recorría sus mejillas y morían en la tela azul de su pantalón. En ese momento, el joven la consoló dándole unas palabras de aliento, que también le sirvieron a él, logrando aplacar su dolor aunque sea un instante y reconfortándose con la idea de saber que no era el único con una tristeza enorme en el pecho en esa ciudad en la cual al cielo, ya lo estaban oprimiendo las estrellas.